

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



RECUERDATE

Rvd. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado Domingo de los Ramos | de la Pasión
10 de Abril, 2022

ISAÍAS 50:4-9A | SALMO 31:9-16

FILIPENSES 2:5-11 | SAN LUCAS 19:28-50; 22:14-23:56

Como cuenta la historia de San Lucas, la geografía es el destino. Y el destino aparece a la vista a través de los ojos de Jesús. En esos últimos días, cuando puso su rostro hacia Jerusalén, les cuenta historias de viudas persistentes que buscaban monedas perdidas, y la alegría de ver a un hombre pequeño en un árbol, muriendo por ver a Jesús. Jesús se regocija tanto como Zaqueo cuando regala sus riquezas. Aún así, él sabe que el resto de los discípulos están tan ciegos como el mendigo afuera de Jericó.

Entonces, desde Jericó, hasta Betania, hasta el monte de los Olivos, continúa tratando de enfocar sus miras. Les dice: hubo este hom-

bre que cayó en manos de ladrones y lo dejaron por muerto a la vera del camino. Jesús se ríe. ¡Mira quién está a punto de caer entre los ladrones esta vez! Solo para hacerlo interesante, envía a algunos discípulos en una pequeña misión de capa y espada para asegurar un viaje, una mejor vista. En un burro ahora, para cumplir una profecía, desde Betania, al lado este del monte de los Olivos, se acerca al borde de la colina que es la última que bloquea su vista de su destino.

Se asombra cuando la gente comienza a colocar sus capas en el camino frente a él. Sonríe a los pocos que cantan una canción de alabanza. Como dice San Lucas, no hay Hosannas. Luke investigó un poco. Realmente, los que estaban allí ese día y que bajaron por la ladera del cerro, eran un grupo bastante desorganizado. Y no pueden ver lo que Jesús ve.

‘Jerusalén, Jerusalén!’ “Al acercarse y ver la ciudad, se echó a llorar, diciendo: ‘¡Si tú, aun tú, hubieras reconocido en este día las cosas que hacen la paz! Pero ahora están ocultos a tus ojos.’” Es demasiado tarde para reunir a la gente como una madre gallina con sus pollitos. Hay demasiadas agendas, demasiadas fantasías, demasiados miedos, para que haya algo parecido a una conversación, algo parecido a la paz.

A medida que avanzaba la semana, permaneció más o menos fuera del radar. Los escribas y los fariseos habían tenido una diana en su espalda durante mucho tiempo. De hecho, lo aplaudieron cuando volcó las mesas de dinero en el templo. También odiaban todo el sistema. Pero su pequeño grupo era demasiado impredecible. Una cosa era discutir con él en los atrios del templo. Otra cosa para él era acusarlos de insurrección y blasfemia. Además, notaron que uno o dos de sus discípulos tenían algunas armas con ellos. Lo vigilaban. Esperaron a que cometiera un error. Y entonces uno de sus discípulos los sorprendió con una oferta.

Nunca supieron adónde fue a comer la cena de Pascua. En la comida, Jesús tiene una oportunidad más de ayudar a sus discípulos a ver con claridad. Esta es la regla: para ver, no olvides. Reinterpreta la cena de Pascua como una invitación a la memoria. Ver mi cuerpo. Mira mi sangre. Se comparte y se derrama por ti. Mira a dónde me llevarán. Mira con quién terminaré estando. Escuche lo que digo y lo que no digo. Te dormirás. me negarás. No importa: recuerda.

Recuerda primero que Jesús no hace nada para merecer la muerte. Como enfatizará el centurión, es inocente. Es casi irrelevante si él es

quien ellos creen que es. No hay causa, no hay razón para que un gobernante racional quiera asumir la responsabilidad de matarlo. Sin embargo, en manos humanas, la justicia se pervierte fácilmente. Dos falsos apretones de manos, uno entre Pilato y Herodes, y el otro entre la multitud y Barrabás, es todo lo que se necesita para producir un chivo expiatorio. Añade una demostración de fuerza, derrama un poco de sangre. Satisface y calma a una multitud desenfrenada cada vez. Dad al pueblo pan y circo. Pero tu. Recuerda cómo todos fabricaron su falsa paz.

Recuerda, finalmente, en medio de todo esto, hay al menos una persona que puede ver lo que está pasando. Como si hubiera estado a la mesa con Jesús la noche anterior, como si fuera el que más tiempo había pasado con él, nos abre los ojos con una oración: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino.”

Jesús levanta su pecho hundido y abre una puerta a un lugar inesperado. Al Paraíso, no al Seol ni al Hades, ni al cielo ni al infierno, una puerta al Paraíso. El jardín de Dios restaurado.

Jesús está abrumado. Por fin, alguien, está recordando. Fue prometido en las Escrituras todo el tiempo, un lugar donde nada nos separará jamás del amor de Dios. Jesús ve a los que recuerdan. Nada te separará jamás de mí. Voy a preparar ese lugar para ti. Regresaré y te traeré a mí.

Recuerda todo lo que sucede aquí en este día. Lo único más importante es no haberlo sabido nunca, o haberlo olvidado. Pero si recordamos todo, su obediencia inquebrantable, su absoluta confianza en Dios, su completa inocencia, se abren las puertas a una nueva relación con Dios, una nueva alianza.

Que haya en vosotros la misma mente que hubo en Cristo Jesús. Sé humilde. Vacíate. Obedece donde te lleve tu destino. En su presencia, recuerda cómo su poder obra a través de ti. No culpes a otra alma. por tu ceguera, tu corazón duro, tu descuido e ignorancia. Aprende de él lo que contribuye a la paz.

Vi a una anciana en Ucrania esta semana decir a la cámara: “Dios nos enseña a perdonar a nuestros enemigos. Has visto cómo mataron a nuestras familias, amigos y vecinos a sangre fría. Simplemente no puedo. Los odio.... ¡Los odio!”

Jesús, trataremos de no olvidarte. Jesús, trataremos de no olvidar lo que has hecho por nosotros, por el mundo entero.

¡Ojalá recordáramos lo que contribuye a la paz! Jesús, acuérdate de nosotros cuando vengas a tu reino.